

EDITORIAL

La sétima cumbre

LPK-4-4-90

Cuando tres de sus cinco participantes entregarán el poder en el presente año, resultaba demasiado optimista esperar que, en la cumbre de presidentes centroamericanos, se tomaran acuerdos demasiado sustantivos. Sin embargo, el cambio político nicaragüense, si termina de cristalizar, habrá sido motivo suficiente para justificar esta y muchas otras cumbres. Amén de que, desde la perspectiva protocolaria, era necesario cumplir con la cita en Managua que, originalmente fijada para hace un par de meses, debió en aquél momento posponerse.

El interés del gobierno sandinista enfoca hacia aligerar la desmovilización y el desarme de la contra: espíritu con el que coincidían el presidente Arias y la electa presidenta Chamorro. En lo fundamental, la contra se había negado a desarmarse antes de que se hiciera efectivo el traspaso de poderes, previsto para el próximo día 25. Actitud que, conociendo los antecedentes del sandinismo, nos resultaba más que justificada. Luego de la cumbre, la contra aceptó iniciar el desarme el día 18, una semana antes de la fecha originalmente prevista; siendo previsible que tal consentimiento, fruto evidente de la presión internacional, pueda ejecutarse de modo que, en la realidad, surta similares efectos a la inicial idea de desarmarse luego del traspaso.

No coincidimos con el exagerado

optimismo mostrado por algunos asistentes, quienes dieron por sentado que se consolidó la pacificación del istmo. La guerrilla salvadoreña, la insurrección guatemalteca y hasta las perspectivas nicaragüenses impiden exageradas confianzas. La paz es posible, el cambio nicaragüense y las estrecheces de Fidel Castro permiten esperar una baja de la subversión, y el ambiente promete bastante. Pero todavía falta por construir. Un exceso de optimismo podría ser engañoso y motivar una peligrosa baja de guardia.

Es importante el tema económico que los presidentes han propuesto como nuevo objetivo de sus cumbres. La evolución de la economía mundial pareciera forzar estrategias regionales, si queremos buscar un sostenido desarrollo.

Pero no debemos llamarnos a engaño. Las estrategias regionales no cristalizarán con la mera generalización de la democracia o de la paz en todas las naciones. Las estrategias regionales requerirán de similares condiciones en grandes temas sociopolíticos, entre los que resaltan una generalización de las garantías que exige la justicia social y una drástica reducción de gastos que, como los militares, son lastre permanente del desarrollo en el Tercer Mundo.

Desgraciadamente, este tema de la desmilitarización continúa siendo grave espina, que una mayoría prefiere evadir.